

VI.

La Esmeralda.

Debemos referir á nuestros lectores que durante toda la escena anterior la pieza teatral de Gringoire seguía representándose; los comediantes, aguijoneados por él, continuaban declamando, y el autor seguía escuchando también. Este se había resignado ya al ruido y á la batahola y estaba decidido á que se verificase toda la representación, no desesperando aun de volver á atraerse la atención del público; esta débil esperanza se reanimó cuando vió que Quasimodo, Coppenole y el acompañamiento ensordecedor del papa de los locos salían con gran estrépito de la sala.

—Por fortuna ya se van todos los alborotadores;—pero por desgracia de Gringoire los alborotadores eran todo el público. En un abrir y cerrar de ojos la sala quedó casi vacía.

Si hemos de ser exactos, debemos decir que quedaron algunos espectadores, unos esparcidos, otros agrupados alrededor de los pilares, mujeres, viejos ó niños, hartos ya de tumulto y de gritería. Algunos estudiantes permanecían montados á caballo en el entablamento de las ventanas y mirando á la plaza.

—Bastante público ha quedado, se dijo á sí mismo Gringoire, para oír hasta el final del misterio; poco es el público, pero distinguidos y literatos.

Al cabo de un rato, la sinfonía que debía producir gran efecto á la llegada de la Virgen no se ejecutó; Gringoire supo que se llevaron su música á la procesion del papa de los locos.

—Pasad adelante, exclamó estóicamente.

Se aproximó á un corro que parecía escuchar el misterio; hé aquí el trozo de conversacion que cogió al vuelo:

—¿Ya conoceis, maese Cheneteau, el palacio de Navarra, que era de Nemours?

—Sí, frente por frente de la capilla de Braca.

—Pues bien; el fisco acaba de alquilárselo á Guillermo Alixandre, historiador, por seis libras y ocho sueldos por año.

—Cómo se encarecen los alquileres!

—Cómo ha de ser! si éstos no, otros escuchan, dijo Gringoire suspirando.

—Compañeros, gritó de repente uno de los chuscos de las ventanas, ¡La Esmeralda! La Esmeralda está en la plaza!

Esta palabra produjo efecto mágico: los espectadores que quedaban en la sala

se lanzaron á las ventanas y se subían por las paredes, repitiendo: *La Esmeralda! La Esmeralda!* Al mismo tiempo se oía por la parte de fuera gran ruido de aplausos.

—¿Qué significa eso de la Esmeralda? exclamó Gringoire cruzando las manos con desolacion. ¡Ah, Dios mio, ahora le toca el turno á las ventanas!

Se volvió hácia la mesa de mármol y vió que habían interrumpido la representación, precisamente en el momento en que Júpiter debía aparecer con su rayo, y Júpiter permanecía quieto debajo del teatro.

—Miguel Giborne! gritó el poeta irriado; ¿qué haces ahí? Es ese tu papel? pronto, arriba!

—No puedo, contestó Júpiter; un estudiante acaba de quitar la escalera.

Gringoire quiso convencerse de ello y vió que era verdad; se interceptó la comunicacion entre el enredo y el desenlace.

—El trasto! ¿Por qué se llevó la escalera?

—Para ver á *La Esmeralda*, respondió Júpiter compungido. Dijo: Aquí hay una escalera que no sirve para nada, y la tomó.

Gringoire recibió con resignacion este último golpe.

—Que se os lleven los demonios! dijo el autor á los comediantes, y ya os pagaré si me pagan.

Entonces se retiró con la cabeza caída, pero el último, como general que se batió con valor. Descendiendo por las tortuosas escaleras del palacio de Justicia, murmuraba entre dientes:

—¡Valiente asamblea de asnos y de avestruces la de los parisienses! ¡Acuden para oír el misterio y no lo oyen, y se ocupan de cualquier cosa, de Clopin Trouillefon, del cardenal, de Quasimodo, del demonio... pero de la Santísima Virgen, no! ¡A haberlo sabido ya os hubiera dado yo Vírgenes Marías, badulaques!... ¡Venía yo á ver caras y solo he visto espaldas! ¡Ser poeta y tener éxito de boticario! Verdad es que Homero fué mendigando por las cabañas griegas y que Nason fué desterrado entre los moscovitas; ¡pero que me emplumen si comprendo lo que quieren decir con *La Esmeralda!* Desde luego ese nombre es una palabra egipcia.

LIBRO SEGUNDO

I.

De Scila á Caribdis.

Como en el Enero anochece temprano, las calles estaban ya oscuras cuando Gringoire salió del palacio. Le gustaba que fuera ya de noche y le parecía que tardaba en encontrar algun callejon oscuro y desierto para meditar sin que nadie le molestase, y para que el filósofo pusiese el primer vendaje á la herida del poeta; la filosofía era, además, su último refugio, porque él no sabía dónde había de pasar la noche. Después del aborto de su ensayo teatral, no se atrevía á volver al alojamiento que ocupaba en la calle del Grenier, frente al Post-au-Foin, contando con que el preboste le hubiera dado por su epitalamio, para pagar á Guillermo Doulxsiere, alcabalero de las reses de pezuña hendida, los seis meses de posada que le debía, esto es, doce sueldos, doce veces el valor de lo que poseía en el mundo. Después de haber reflexionado un rato, abrigado provisionalmente en el postigo de la cárcel del tesorero de la Santa Capilla, sobre el albergue que escogería para pasar la noche, teniendo á su disposicion todas las calles de Paris, se acordó de haber observado la semana anterior, en la calle de la Zapatería, á la puerta de un consejero del Parlamento, un montadero de piedra, y pensó que dicha piedra podría servir en caso de necesidad de excelente almohada para un mendigo ó para un poeta. Dió las gracias á la Providencia por haberle sugerido esta buena idea, y cuando se disponía á atravesar la plaza del Palacio para meterse en el tortuoso laberinto de la ciudad antigua, en la que serpentean sus viejas hermanas las calles de la Varillería, de la Pañería Vieja, de la Zapatería y de la Judería, etc., etc., que todavía hoy conservan sus casas de nueve pisos, vió que salía del palacio la procesion de los locos y que se extendía al través de su camino, lanzando grandes gritos, á la luz de cien antorchas y á los ecos de su música: este encuentro lastimó las escoriaciones de su amor propio y echó á correr. En la amargura de su infortunio dramático, todo lo que le recordaba la fiesta del día hacia sanar su herida.

Quiso pasar el puente de San Miguel, pero vió que corrían por encima de él muchachos disparando carretillas y cohetes.

—¡Que vayan al diablo los fuegos artificiales! exclamó Gringoire, y dirigióse hácia el puente del Cambio. Habían fijado en las casas primeras del puente tres banderas que representaban al rey, al delfin y á Margarita de Flandes, y seis banderolas en las que estaban retratados el duque de Austria, el cardenal de Borbon, el señor de Beaujen, la princesa Juana de Francia, el bastardo de Borbon y no sé quién más: estos retratos estaban alumbrados por antorchas y la multitud los admiraba.

—Dichoso pintor Juan Fourbault! exclamó Gringoire lanzando un suspiro, y dió las espaldas á las banderas y á las banderolas. Viendo ante sí una calle oscura y desierta, creyó librarse de todos los ruidos y de todos los resplandores de la fiesta y se internó en ella; pero apenas dió algunos pasos, sus piés chocaron con un obstáculo, tropezó y cayó. Era un gran ramo que los escribientes de la curia habían depositado por la madrugada á la puerta del presidente del Parlamento, en honor de la solemnidad del día. Gringoire soportó heroicamente este nuevo encuentro. Levantóse del suelo y se dirigió á la orilla del agua. Después de dejar á sus espaldas la torrecilla civil y la torre criminal, y de seguir á lo largo de las paredes de los jardines del rey, sobre piso no empedrado, en el que el barro le llegaba á la rodilla, llegó á la parte occidental de la ciudad y contempló algun tiempo el islote del *Pastor de las vacas*, que desapareció después bajo el caballo de bronce del puente Nuevo. Presentábasele el islote en las tinieblas como una mole oscura al otro lado del arroyo de agua blanquecina que lo separaba de él, y se distinguía apenas á la débil luz que quedaba en el cielo la especie de cueva en forma de colmena en la que el pastor de las vacas pasaba la noche.

—Dichoso tú! exclamó Gringoire; ¡tú no te ocupas de la gloria y no escribes epitalamios! ¿Qué te importa que se casen los reyes ni las duquesas de Borgoña? Tú no conoces otras Margaritas que las que la primavera cria para que se las coman tus vacas; y yo, que soy poeta, fui silbado y estoy tiritando de frio; debo doce sueldos, y la suela de mi calzado es tan transparente, que podría servir de cristal para tu linterna. Gracias, pastor

de vacas; la vista de tu cabaña me solaza y me hace olvidar á Paris.

Despertó á Gringoire de este éxtasis casi lírico el ruido de un gran petardo de la noche de San Juan, que salió bruscamente de la dichosa cabaña; era que el pastor de vacas tomaba parte en los regocijos públicos del día disparando fuegos artificiales. El petardo extremejó á Gringoire, haciéndole exclamar:

—¡Maldita fiesta, que me ha de perseguir por todas partes!

Después clavó los ojos en el Sena, que tenía á sus piés, y le acometió terrible tentación.

—Con gusto me ahogaría si no estuviese el agua tan fría, dijo.

Entonces tomó una resolución desesperada, la de internarse con impavidez en medio de la fiesta entrando en la plaza de la Grève, ya que no podía escaparse del papa de los locos, de las banderolas de Juan Fourbault, de los ramos, de los cohetes ni de los petardos.

—Allí á lo menos, exclamó, no me faltará un tizon de una hoguera para calentarme, y podré cenar comiendo algunas migajas del azúcar real de los tres grandes escaparates que han debido poner en el aparador público de la ciudad.

II.

La plaza de la Grève.

Solo queda hoy imperceptible vestigio de lo que fué en otro tiempo la plaza de la Grève; éste es la airosa torrecilla que ocupa la esquina del Norte de la plaza, sepultada ya bajo el revoque ignoble que embadurna los agudos realces de sus esculturas, y que muy luego desaparecerá quizás sumergida en la crecida de casas nuevas que devora rápidamente las antiguas fachadas de Paris.

Los que, como nosotros, no pasan nunca por la plaza de la Grève sin lanzar una mirada de compasión y de simpatía á esa pobre torrecilla, estrujada entre dos caserones del tiempo de Luis XV, pueden reconstruir con facilidad en su imaginación el conjunto de edificios al que ella pertenecía y volver á rehacer entera la antigua y gótica plaza del siglo quince.

Era, como hoy, un trapezio irregular, limitado por un lado por el muelle y por los otros tres por calles altas, estrechas y lóbregas. Durante el día se podía admirar la variedad de sus edificios, es-

culpados en piedra ó en madera, y ofreciendo ya muestras completas de las diversas arquitecturas domésticas de la Edad Media, retrocediendo desde el siglo quince al siglo once, desde la ventana que empezó á destronar la ojiva, hasta el cintro romano, que á su vez fué sustituido por la ojiva, y que ocupaba todavía debajo de ella el primer piso de la antigua casa de la Torre-Roland, en el ángulo de la plaza sobre el Sena, por la parte de la calle de la Tenería. Por la noche solo se distinguía de aquella mole de edificios las obras de escultura negra de los techos, desarrollando alrededor de la plaza su cadena de ángulos agudos; porque la diferencia radical entre las ciudades de entonces y las de ahora estriba en que las fachadas dan á las calles y á las plazas hoy, y ayer solo daban las paredes: desde hace dos siglos las casas han dado la vuelta.

En el centro de la parte oriental de la plaza se elevaba una construcción pesada é híbrida, compuesta de tres viviendas pegadas: se la conocía por tres nombres que explican su historia, su destino y su arquitectura; se la llamaba: *la casa del Delfín*, porque Carlos V, cuando fué delfín, la habitó; *la Mercadería*, porque sirvió de Casa Consistorial, y *la casa de los Pilares*, por la serie de pilares grandes que sostenían sus tres pisos. La ciudad encontraba allí cuanto necesita una ciudad grande como Paris: una capilla para rezar, un juzgado para celebrar audiencias y hacer comparecer cuando fuese preciso á la gente de palacio, y en las buhardillas una armería llena de cañones; porque los vecinos de Paris saben que no es suficiente en todas las ocasiones rezar y pleitear por los fueros de la ciudad, y tienen siempre de reserva en un desvan del Municipio algunos arcabuces mugrientos.

La Grève tenía desde entonces el aspecto siniestro que no le ha hecho perder hasta hoy la idea execrable que despertó y la lóbrega Casa Consistorial de Dominico Bocador, que reemplazó á *la casa de los Pilares*. Es necesario confesar que la horca y la argolla permanentes, la justicia y la escala, como decían entonces, levantadas la una al lado de la otra en medio del empedrado, contribuían mucho á hacer apartar la vista de la plaza fatal donde agonizaron tantos seres llenos de salud y de vida; donde cincuenta años más tarde había *la fiebre de Saint-Vallier*, aquella enfermedad del terror al cadalso, la más mons-

truosa de todas las enfermedades, porque no viene de Dios, sino de los hombres.

Es una idea consoladora (digámoslo de paso) pensar que la pena de muerte hace trescientos años embarazaba con sus ruedas de hierro, con sus horcas de piedra y todo su aparato de suplicios permanente, el empedrado de la plaza de la Grève, los mercados, la plaza de la Delfina, la cruz del Trahoir, la plazuela de los Cerdos, el vergonzoso Montfaucon, la barrera de los Alguaciles, la plaza de los Gatos, la puerta de San Dionisio, etc., etc.; es una idea consoladora, repetimos, que hoy haya perdido sucesivamente todas las piezas de su armadura, el lujo de suplicios, su penalidad caprichosa é imaginaria, su tortura, á la que cada cinco años hacia un nuevo lecho de cuero en el Gran Chatelet esa vieja soberana de la sociedad feudal, desterrada casi ya de nuestras leyes y de nuestras ciudades, acosada de código en código, arrojada de plaza en plaza, sin tener ya en el mismo Paris más que un rincón deshonrado de la Grève, sin tener ya más que una miserable guillotina, furtiva, inquieta, vergonzosa, que parece que tema que la sorprendan en fragante delito; ¡tan de prisa desaparece después de dar el golpe!

III.

Besos por golpes.

Trasido estaba de frío Gringoire cuando llegó á la plaza de la Grève. Había atravesado el puente de los Molineros para evitar el encuentro con el gentío del puente del Cambio y con las banderolas de Juan Fourbault; pero las ruedas de los molinos del obispo le regaron tanto al pasar cerca de ellas, que estaba mojado como una sopa. Le pareció también que el fracaso de su pieza teatral le hacia sentir más el frío, por lo que se dió prisa á acercarse á la hoguera pública, que ardía magníficamente en medio de la plaza, junto á la que formaba círculo un tropel de gente.

—¡Los condenados parisienses, se dijo á sí mismo Gringoire, que en su cualidad de poeta dramático estaba sujeto á los monólogos, me están impidiendo que me acerque al fuego! Sin embargo, tengo necesidad de calentarme, porque llevo los zapatos calados y la ropa como si la hubiera puesto en colada. ¡Vaya al diablo el obispo de Paris con sus molinos! Quisiera saber para qué quiere los moli-

nos el obispo. ¿Es que tiene la idea de retirarse y de convertirse en molinero? Si para eso solo necesita mi maldición, yo se la doy, y á la Catedral y á los molinos. ¿Creeis que se apartarán por mí de la hoguera esos badulaques? ¿Qué es lo que hacen ahí? Se están calentando? Vaya un gusto! Están viendo cómo arde la leña y nada más. Bonito espectáculo! Al acercarse más á la gente, Gringoire se apercibió de que el corro era mucho más grande de lo que era preciso para calentarse, y que esta afluencia de espectadores no era atraída solo á aquel punto para contemplar la leña ardiendo. En un vasto espacio que quedó libre entre la multitud y el fuego estaba bailando una muchacha.

Si esa jóven era un sér humano, una hada ó un ángel, no pudo decidirlo Gringoire, á pesar de ser filósofo escéptico y poeta irónico; ¡tan fascinado le dejó aquella deslumbradora visión! No era muy alta, pero lo parecía, por lo mucho que erguía el delicado talle; era morena, y se adivinaba que de día su cutis debía adquirir el hermoso reflejo dorado del rostro de las andaluzas y de las romanas; su pié, diminuto, también era andaluz, y se conocía que holgaba en su estrecho calzado. Bailaba y daba vueltas sobre un antiguo tapiz de Persia, arrojado con negligencia á sus piés, y cada vez que al trazar un círculo os pasaba por delante el luminoso rostro, sus grandes ojos negros lanzaban rayos. A su alrededor todas las miradas estaban fijas, todas las bocas abiertas, y, en efecto, cuando danzaba de esta manera, al sonido de la pandereta, que sus torneados y virginales brazos levantaban por encima de la cabeza, airosa, delicada y viva como una avispa, con su justillo de oro sin pliegues, su pomposo y pintado tonelete, con las espaldas desnudas y las piernas finas, que su jubon corto dejaba ver por momentos, sus cabellos negros y sus ojos de llama, era verdaderamente una criatura sobrenatural.

—¡Eso es una salamandra, una ninfa, una diosa! exclamó Gringoire.

En este momento se desprendió una de las trenzas del pelo de la *salamandra*, y una pieza de latón que estaba en ella prendida cayó al suelo.

—Ah, no, es una gitana! se contestó Gringoire á sí mismo, y toda su ilusión desapareció.

La jóven volvió á bailar: tomó del suelo dos espadas, que se puso de punta contra la frente, haciéndolas voltear en

una direccion, mientras que ella daba vueltas en otra; era, efectivamente, una gitana. Aunque Gringoire quedó encantado, el conjunto que ofrecia el cuadro que contemplaba no carecia de magia ni de prestigio; la hoguera le iluminaba con luz cruda y rojiza, que se reflejaba con vivo temblor en el círculo de los semblantes de la multitud, en la frente morena de la jóven y en el fondo de la plaza; lanzaba azulado reflejo, que se confundia con las vacilaciones de las sombras que por un lado proyectaban la antigua y negra fachada de la casa de los Pilares y por el otro los brazos de piedra de la horca.

Entre las muchas fisonomías que aquella luz teñia de escarlata, habia uno más absorto que todos los demás en la contemplacion de la bailarina: era de semblante austero, sereno y sombrío; aquel hombre, cuyo traje ocultaba la multitud que le rodeaba, no parecia contar más de treinta y cinco años, y, sin embargo, era calvo y apenas sombreaban sus sienes escasos cabellos, que empezaban ya á encanecer; hondas arrugas surcaban su frente ancha y despejada, pero en sus hundidos ojos brillaba extraordinaria juventud, vida ardiente y pasion profunda, y los clavaba sin cesar en la gitana, y mientras la alegre niña de diez y seis años bailaba y revoloteaba, dando alegría á todos los espectadores, la expresion del semblante de aquel hombre era cada vez más sombría, y de cuando en cuando se juntaban sobre sus labios una sonrisa y un suspiro, pero la sonrisa era más dolorosa que el suspiro.

Cansada al fin la bailarina, acabó de bailar y el público la aplaudió calurosamente.

—Djalí! exclamó la gitana.

Entonces salió una hermosa cabrita blanca, lista y lustrosa, con los cuernos y con los piés dorados y con un collar dorado tambien, que Gringoire no habia visto hasta entonces, porque estaba acurrucada en una esquina del tapiz, mirando cómo bailaba su ama.

—Djalí, le dijo ésta, ahora te toca á tí.

La gitana se sentó en el suelo y presentó graciosamente la pandereta á la cabra.

—Djalí, en qué mes del año estamos?

Levantó la cabra la pata delantera y dió un golpecito en el pandero: era en efecto el primer mes del año. La multitud aplaudió.

—Djalí, repuso la gitana, volviendo del otro lado la pandereta; ¿en qué día del mes estamos?

Levantó la cabra la dorada pata y dió seis golpes en el pandero.

—Djalí, prosiguió preguntando la jóven y repitiendo la operacion de antes; qué hora es?

Djalí dió siete golpecitos, y en aquel instante dieron las siete en el reloj de la casa de los Pilares.

El pueblo estaba maravillado.

—Eso es cosa de brujería, dijo entre la muchedumbre una voz siniestra: era la del hombre calvo, que no apartaba los ojos de la gitana.

Extremeciése ésta y volvió la cara, pero los aplausos del público cubrieron la anterior exclamacion y la borraron tan completamente de su pensamiento, que continuó interpelando á la cabra:

—Djalí, ¿cómo hace maese Grichard Grand-Remy, capitán de carabineros de la ciudad, en la procesion de la Candelaria?

Asentóse la cabra sobre las patas traseras y empezó á balar, andando con tan gentil gravedad, que el círculo entero de espectadores se echó á reir, complacidísimo de ver aquella parodia de la devocion interesada del capitán de carabineros.

—Djalí, continuó preguntando la jóven, entusiasmada con el éxito creciente; ¿cómo predica Jaime Charmolne, predicador del rey, en el tribunal eclesiástico?

Acomodóse la cabra sobre las dos posaderas y se puso á balar, agitando las patas de delante de tan extraño modo, que, exceptuando el mal francés y el mal latin, todo lo demás en ella era de Jaime Charmolne, gesto, acento y actitud.

El público aplaudia sin cesar, cada vez con más entusiasmo.

—Sacrilegio! Profanacion! repitió la voz del hombre calvo.

La gitana volvió la cabeza por segunda vez y dijo:

—Ah, es aquel espantajo!—Después, alargando el labio inferior más allá del superior, hizo un gesto, que debia ser familiar en ella, dió media vuelta sobre la izquierda y empezó á recoger en la pandereta los donativos del público.

Los blancos, los blanquillos y los targes (1) llovian en la pandereta. De repente la gitana pasó por delante de Gringoire;

(1) Monedas antiguas de infimo valor de Francia.

éste echó mano al bolsillo tan aturdidamente, que la jóven se paró.

—Diablo! exclamó el poeta, encontrando en el fondo de la faltriquera la realidad, esto es, el vacío. Entre tanto la hermosa niña permanecia inmóvil, mirándole con sus rasgados ojos y esperando. Gringoire sudaba el quilo. Si hubiera tenido el Perú en el bolsillo, sin duda se lo hubiera dado á la bailarina; pero Gringoire no poseia el Perú, y por otra parte, aun no se habia descubierto la América: por fortuna suya un incidente inesperado vino en su socorro.

—¿Cuándo te irás, langosta de Egipto? gritó una voz ágría que salia del rincón más oscuro de la plaza.

La jóven se volvió asustada: esta voz no era la del hombre calvo, sino la de una mujer, voz devota y malvada: aquella voz, que asustó á la gitana, movió gran algazara entre una turba de muchachos que corrian por allí.

—Es la reclusa de la Torre-Roland, exclamaron éstos riendo descompasadamente; es la penitente que gruñe. ¿No habrá cenado todavía? Llémosla algunos restos de la alacena de la ciudad.

Diciendo esto todos los muchachos corrieron hácia la Casa de los Pilares. Gringoire se aprovechó de la turbacion de la gitana para desaparecer. El clamoreo de los estudiantes le recordó que él tampoco habia cenado, y corrió tambien hácia el buffet; pero los chiquillos tenian las piernas más ligeras que el poeta, y cuando éste llegó habian hecho ya de todo tabla rasa. Solo quedaban en las paredes las esbeltas flores de lis, interpoladas con rosales pintados en 1434 por Mateo Biterne, y no eran cenables.

Cosa importuna es acostarse sin cenar, pero es todavía menos lisonjero no cenar y no saber dónde acostarse, y Gringoire estaba en este caso; sin pan y sin cama y acosado por la necesidad, encontraba que ésta era muy impertinente. Mucho tiempo atrás descubrió esta verdad: que Júpiter creó á los hombres en un acceso de misantropía, y que durante la vida del sábio el destino tiene en estado de sitio á su filosoffa: en cuanto á él, nunca habia visto tan encarnizado el bloqueo; oia que su estómago tocaba llamada y encontraba fuera de lugar que su mala estrella se apoderase de su filosoffa por medio del hambre. Absorto estaba Gringoire en estas melancólicas reflexiones, cuando le distrajo de ellas un canto caprichoso, pero dulcísimo;

era que la hermosa gitana empezaba á cantar.

Era su voz como su danza, como su hermosura, indefinible y deliciosa; pura, sonora, aérea, alada, por decirlo así. Su canto lo constituian melodías de cadencias inesperadas, frases sencillas entre notas aéreas y agudas, gorgoritos superiores á los del ruiseñor, pero armoniosos siempre, y ondulaciones suavísimas de octavas, que subian y bajaban como el pecho de la jóven cantora. Su interesante fisonomía seguia con singular movilidad todos los caprichos de la cancion, desde la más frenética inspiracion hasta la más casta dignidad; ya parecia una loca, ya una reina.

Las palabras que cantaba eran de una lengua que Gringoire desconocia y ella tambien probablemente, á juzgar por la poca relacion que tenia la letra con el canto; por ejemplo, estos versos respiraban en sus labios loca alegría:

Un cofre de gran riqueza (1)
hallaron dentro un pilar,
dentro dél nuevas banderas
con figuras de espantar.

Después, al oir el acento melancólico que dió á estos otros versos:

Alárabes de á caballo
Sin poderse menear,
Con espadas y los cuellos
Ballestas de buen tirar,

se le saltaron las lágrimas á Gringoire; sin embargo, el canto de la gitana respiraba alegría casi siempre, pareciendo que cantaba como cantan los pájaros.

El canto de la jóven turbó la meditacion de Gringoire, pero como el cisne turba el agua: la oia en éxtasis, olvidándose de todo; aquel era el primer momento, durante muchas horas, en que dejaba de sufrir, pero ese momento fué corto.

La misma voz de mujer que interrumpió el baile de la gitana, interrumpia ahora su canto.

—Te callarás, cigarra del infierno? gritó desde el mismo rincón oscuro de la plaza.

Calló la pobre cigarra y Gringoire se tapó los oidos.

—¡Maldita sierra mellada, que viene á romper la lira! exclamó el poeta.

Todos los espectadores murmuraban como él.—Al diablo la reclusa! dijo más

(1) *Romancero español* (de autor anónimo).—Romance que empieza:

Don Rodrigo, rey de España,
por la su corona honrar, etc.

de una voz: la invisible vieja se hubiera arrepentido quizás de las agresiones que dirigió á la gitana, si no hubiera distraído al público en aquel mismo momento la procesion del papa de los locos, que, despues de recorrer muchas calles y callejuelas, desembocaba en la plaza de la Grève, con infinidad de achas y con su rumoroso tumulto.

Esta procesion, que nuestros lectores vieron salir del palacio, se organizó durante el camino, reclutando cuantos pillos, ladrones, vagos y desocupados habia disponibles en Paris, de modo que presentaba aspecto imponente cuando entró en la plaza de la Grève.

Delante iba el Egipto, precedido del duque de Egipto, á caballo, rodeado de sus condes, que iban á pié, llevándole la brida y el estribo; detrás de ellos los egipcios y las egipcias, mezclados con sus chiquillos gritadores y llorones, todos ellos, duques, condes y pueblo, cubiertos de andrajos y de oropes. Luego seguía el reino de la Germania, esto es, todos los ladrones de Francia, escalonados por orden de dignidad, siendo los primeros los más humildes. Desfilaban así de cuatro en cuatro, con las diversas insignias de sus grados en aquella singular facultad, unos estropeados, otros cojos, otros mancos, los rateros, los peregrinos, los bellacos, los tumbones, los inválidos, los pillos, etc., enumeracion capaz de cansar al mismo Homero. En el centro del cónclave de los huraños y de los archipámpanos distinguíase, á duras penas, al rey de la Germania, el gran sacerdote del caló, acurrucado en un carretón, tirado por dos perros enormes: despues del reino del caló venia el imperio de Galilea. Guillermo Rousseau, emperador del imperio, marchaba majestuosamente envuelto en un ropon de púrpura, manchado de vino, precedido de saltimbanquis, que iban alborotando y bailando danzas pírricas, rodeado de maceros, de sus secuaces y de los escribientes del Tribunal de Cuentas. Y cerraba la marcha de la procesion la *basoche*, con las manos coronadas de flores, los manteos negros, su música ratonera y sus hachones de cera amarilla. En el centro de aquella multitud, los altos dignatarios de la cofradía de los locos llevaban en hombros unas angarillas cargadas de velas, y sobre las angarillas, con báculo, mitra y capa pluvial, resplandecía el nuevo papa de los locos, el campanero de Nuestra Señora, Quasimodo el jorobado.

Cada una de las secciones de la procesion grotesca tenia su música particular: los gitanos tocaban sus balafos y tamboriles africanos. Los del reino del caló, raza poco musical, no habian pasado aun de la viola, de la corneta y de la gótica zambomba del siglo doce. El imperio de Galilea no estaba mucho más adelantado; apenas habia en su música algun rabel de la infancia del arte, todavía reducido al re-la-mi. Alrededor del papa de los locos se desplegaban en magnífica cacofonia todas las riquezas musicales de la época, y eran tiples, contraltos y bajos de rabel, sin contar las flautas y los instrumentos de cobre. Nuestros lectores deben recordar que esta era la orquesta de Gringoire.

Difficil es formarse idea del grado de expansion orgullosa y feliz á que llegó durante el tránsito del palacio á la plaza de la Grève el rostro triste y repugnante de Quasimodo: fué aquella la primera satisfaccion de amor propio que gozó durante su vida; hasta entonces solo conocia la humillacion, el disgusto y el desprecio. Por eso, aunque estaba sordo, saboreaba, como verdadero papa, las aclamaciones de aquella multitud que le odiaba y que él lo sabia. Su pueblo se componia de una cáfila de locos, de lisiados, de ladrones y de mendigos; pero esto, qué le importaba? No por eso dejaba de ser un pueblo y él un soberano. Recibia con formalidad los aplausos irónicos, las atenciones burlescas, que en parte dimanaban de temor real y verdadero, porque el jorobado era robusto, el patituerto era ágil y el sordo era malo; poseia tres cualidades que moderan el ridículo.

Lejos estamos de creer, sin embargo, que el nuevo papa de los locos se formase idea clara de las impresiones que recibia ni de los sentimientos que inspiraba; porque el espíritu que se alojaba en aquel cuerpo deformé tenia tambien algo de sordo é incompleto, y lo que sentia en aquellos momentos era para él absolutamente vago, incomprensible y confuso; pero estaba alegre y le dominaba el orgullo, su rostro sombrío y desgraciado centelleaba radiante.

Causó por eso grande sorpresa y no poco espanto cuando Quasimodo, sumergido en aquella vaga enagenacion, pasaba en triunfo por la Casa de los Pilares, ver que de repente salia un hombre entre el gentío, y arrojándose hasta él, le arrancó de entre las manos, colérico, el báculo dorado, insignia del

papado de los locos. Este hombre temerario era el personaje calvo que, momentos antes, heló de espanto á la hermosa gitana con sus palabras de odio y de amenaza: iba vestido de eclesiástico, y en el momento en que se destacó de la muchedumbre, Gringoire, que hasta entonces no reparó en él, exclamó al reconocerle:

—Calla! dijo lanzando un grito de asombro; ¡es mi maestro Dom (1) Claudio Frollo! ¿Por qué se mete con ese pícaro tuerto? Le vá á devorar!

Oyóse en seguida un grito de terror; el formidable Quasimodo acababa de precipitarse desde su alto asiento, y las mujeres apartaron de él la vista por temor que hiciese pedazos al arcediano; el jorobado dió un salto hasta el sacerdote, le miró y cayó de rodillas ante él. El sacerdote le arrancó la tiara, le rompió el báculo y le destrozó la capa de relumbron. Quasimodo permaneció de rodillas, con la cabeza inclinada y las manos cruzadas.

Despues se estableció entre ambos un extraño diálogo de signos y de gestos; ni uno ni otro hablaban. El sacerdote estaba de pié, irritado, amenazador, imperioso, y Quasimodo prosternado, humilde y suplicante, y sin embargo, éste pudo con su enorme fuerza estrellar á aquel. Al fin el arcediano, sacudiendo con rudeza la espalda fornida de Quasimodo, le hizo señal de que se levantase y de que le siguiese.

Quasimodo se levantó; entonces la cofradía de los locos, despues de salir de su estupor, quiso defender á su papa, tan bruscamente destronado, y gran parte de la comitiva de la procesion se atumultó alrededor del sacerdote. Colocóse Quasimodo delante de él, puso en movimiento los músculos de sus atléticos puños y miró á los agresores, rechinando los dientes, como tigre enfurecido. El sacerdote revistióse de su sombría gravedad, hizo un signo á Quasimodo y se retiró sin decir una palabra. Quasimodo iba delante de él abriendo paso.

Cuando atravesaron el populacho y la plaza, queria seguirlos una multitud de curiosos y de gente ociosa: entonces Quasimodo ocupó la retaguardia y siguió al arcediano, andando hácia atrás, arisco y erizado, recogiendo sus miembros, lamiendo sus colmillos de jabalí, gruñendo como una fiera é imprimiendo inmen-

(1) Dom: abreviatura que se aplicaba á ciertos sacerdotes de algunas órdenes religiosas ya extinguidas.

sas oscilaciones á la muchedumbre con un gesto ó con una mirada.

La turba dejó que se internasen los dos en una calle estrecha y tenebrosa, en la que nadie se atrevió á aventurarse detrás de ellos; ¡tanto temor inspiraba el mónstruo Quasimodo!

—Todo eso es sorprendente, dijo Gringoire; ¿pero dónde diablos podré yo cenar?...

A. Santa Fe

Inconvenientes de seguir de noche á una mujer hermosa por las calles.

Por de pronto Gringoire se propuso seguir á la gitana: vió que se fué por la calle de la *Conttellerie*, precediendo á la cabra, y él echó á andar tras ella por la misma calle.

Gringoire, que era filósofo práctico de las calles de Paris, habia observado que nada invita tanto á la meditacion como el seguir á una mujer hermosa sin saber á dónde vá: hay en esta abdicacion voluntaria del libre arbitrio, en este capricho que se somete á otro capricho, una mezcla de independenciam absoluta y de obediencia ciega, algo de intermediario entre la esclavitud y la libertad, que le placía á Gringoire, espíritu esencialmente mixto, indeciso y complejo, colocado entre todos los extremos, incesantemente suspendido entre todas las propensiones humanas, y neutralizándolas unas con otras: se comparaba á sí mismo al sepulcro de Mahoma, atraído en sentido inverso por dos piedras de imán y que vacila eternamente entre lo alto y lo bajo, entre la bóveda y el pavimento, entre la caida y la ascension, entre el cenit y el nadir. Si Gringoire viviera en nuestro siglo se pondria en el justo medio entre clásicos y románticos; pero no era un Matusalen para poder vivir trescientos años, y es una lástima, porque su ausencia produce un vacío que él podría llenar en la actualidad.

De todos modos, para seguir á los transeuntes, cosa que Gringoire acostumbra, nada dá mejor disposicion de ánimo que el no saber dónde pasar la noche. Iba, pues, pensativo detrás de la gitana, que apresuraba el paso y hacia trotar á la cabra, viendo á los vecinos que entraban en sus casas y cerrar las tabernas, únicas tiendas que permanecieron abiertas aquel dia.

—Ella en alguna parte ha de vivir, se decia Gringoire; las gitanas tienen